

ORGULLO Y PREJUICIO

Jane Austen

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-16564-11-8

Traducción de José Jordán de Urrés y Azara (1924), revisada.

© 2015 Paradimage Soluciones

INDICE

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL	7
ORGULLO Y PREJUICIO.....	8
CAPÍTULO I.....	9
CAPÍTULO II.....	12
CAPÍTULO III.....	15
CAPÍTULO IV.....	19
CAPÍTULO V.....	22
CAPÍTULO VI.....	25
CAPÍTULO VII.....	31
CAPÍTULO VIII.....	37
CAPÍTULO IX.....	43
CAPÍTULO X.....	50
CAPÍTULO XI.....	57
CAPÍTULO XII.....	62
CAPÍTULO XIII.....	64
CAPÍTULO XIV.....	68
CAPÍTULO XV.....	71
CAPÍTULO XVI.....	75

CAPÍTULO XVII.....	84
CAPÍTULO XVIII.....	87
CAPÍTULO XIX.....	100
CAPÍTULO XX.....	105
CAPÍTULO XXI.....	110
CAPÍTULO XXII.....	115
CAPÍTULO XXIII.....	120
CAPÍTULO XXIV	124
CAPÍTULO XXV	129
CAPÍTULO XXVI	133
CAPÍTULO XXVII	139
CAPÍTULO XXVIII	143
CAPÍTULO XXIX.....	147
CAPÍTULO XXX.....	153
CAPÍTULO XXXI.....	156
CAPÍTULO XXXII.....	160
CAPÍTULO XXXIII.....	164
CAPÍTULO XXXIV	169
CAPÍTULO XXXV	174
CAPÍTULO XXXVI	181
CAPÍTULO XXXVII	186

CAPÍTULO XXXVIII	190
CAPÍTULO XXXIX.....	193
CAPÍTULO XL	197
CAPÍTULO XLI	202
CAPÍTULO XLII	208
CAPÍTULO XLIII	213
CAPÍTULO XLIV	225
CAPÍTULO XLV	231
CAPÍTULO XLVI.....	236
CAPÍTULO XLVII.....	243
CAPÍTULO XLVIII.....	253
CAPITULO XLIX.....	259
CAPÍTULO L	265
CAPÍTULO LI	270
CAPÍTULO LII	275
CAPÍTULO LIII	283
CAPÍTULO LIV	290
CAPÍTULO LV	294
CAPÍTULO LVI.....	301
CAPITULO LVII.....	309
CAPÍTULO LVIII.....	313

Orgullo y prejuicio – Jane Austen

CAPÍTULO LIX	320
CAPÍTULO LX	326
CAPÍTULO LXI	330

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

Jean Austen nació en la rectoría de Steventon (Hampshire). Su familia pertenecía a la burguesía agraria. Su padre, un pastor anglicano, era rector de la parroquia de Steventon. Fue la séptima hija de una familia de ocho hermanos. Tuvo una vida sin grandes acontecimientos, apenas sin nada que turbara la placidez de una existencia burguesa y provinciana.

Algunos de sus primeros trabajos se editaron en el libro “Amor y amistad”, y otras obras (1922). Tras su muerte se publicaron varias novelas incompletas. Falleció en Winchester el 18 de julio de 1817.

Fue una destacada novelista británica que vivió durante el período de la regencia. La ironía que emplea para dotar de comicidad a sus novelas hace que Jane Austen sea contada entre los "clásicos" de la novela inglesa, a la vez que su recepción va, incluso en la actualidad, más allá del interés académico, siendo leídas por un público más amplio.

Orgullo y prejuicio, es la más famosa de las novelas de Jane Austen y una de las primeras comedias románticas en la historia de la novela. Su primera frase es, además, una de las más famosas en la literatura inglesa: «Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa.»

Es una novela de desarrollo personal, en la que las dos figuras principales, Elizabeth Bennet y Fitzwilliam Darcy, cada uno a su manera y, no obstante, de forma muy parecida, deben madurar para superar algunas crisis, aprender de sus errores para poder encarar el futuro en común, superando el orgullo de clase de Darcy y los prejuicios de Elizabeth hacia él.

Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en www.paradimage.com

ORGULLO Y PREJUICIO

“Del pasado no hay que recordar más que lo placentero.”

Jane Austen

CAPÍTULO I

Es una verdad universalmente admitida que un soltero poseedor de buena fortuna ha de necesitar una mujer.

Aunque los sentimientos y opiniones de un hombre así sean poco conocidos, cuando se instala en un lugar cualquiera, está tan arraigada aquella creencia en las familias que le rodean, que le consideran como propiedad indiscutible de una u otra de sus hijas.

—Querido Bennet —decía a éste cierto día su esposa—, ¿has oído que el parque de Netherfield se ha alquilado al fin?

El señor Bennet contestó que no lo había oído.

—Pues está alquilado —volvió ella a decir—; porque la señora de Long acaba de estar aquí y me lo ha contado todo.

El señor Bennet no respondió.

—¿No deseas saber quién lo ha tomado en arriendo? —exclamó su mujer con impaciencia.

—Tú eres quien desea decirlo y no puedo oponerme a escucharlo.

Eso bastó para darle pie.

—Has de saber, querido, que la señora de Long dice que el parque de Netherfield ha sido tomado en arriendo por un joven muy rico del norte de Inglaterra, joven que vino el lunes en una silla de postas con cuatro caballos para verlo y quedó tan encantado, que se arregló al punto con el señor Morris; tomará posesión antes de San Miguel, y algunos de sus criados estarán en la casa a fines de la semana próxima.

—¿Cómo se llama?

—Bingley.

—¿Es casado, o soltero?

—¡Oh!, soltero, querido mío; un soltero de gran fortuna: cuatro o cinco mil libras anuales. ¡Qué a propósito para nuestras hijas!

—¿Cómo es eso? ¿Cómo las puede afectar semejante cosa?

—Mi querido Bennet —replicó su mujer—, ¿cómo puedes ser tan ingenuo? Has de saber que pienso casarlo con una de ellas.

—¿Es eso lo que planea al establecerse aquí?

—¡Planear! ¡Qué majadería! ¿Cómo puedes hablar así? Pero es muy probable que se enamore de una, y por eso debes visitarle en cuanto venga.

—No veo motivo para hacerlo. Podéis ir tú y las niñas, o las puedes enviar solas, lo que quizá sea lo mejor, pues siendo tú tan hermosa como cualquiera de ellas, podrías parecer al señor Bingley el mejor partido.

—Me adulas, querido. Cierto que he tenido mi punto de belleza; pero ahora no pretendo ser nada extraordinario. Cuando una mujer tiene cinco hijas adultas debe prescindir de pensar en su propia hermosura.

—En esos casos la mujer no tiene, por lo común, mucha belleza en qué pensar.

—Pues bien, querido, has de ir a visitar al señor Bingley cuando venga a nuestra vecindad.

—No me comprometo a tanto, te lo aseguro.

—Piensa en tus hijas. Considera sólo el buen partido que sería para alguna de ellas. Sir William y lady Lucas han resuelto ir sólo por eso, pues tú sabes que normalmente no visitan a los recién llegados. Has de ir sin falta, porque nos será imposible visitarle si tú no lo haces.

—Eres demasiado escrupulosa, a fe mía. Me atrevo a asegurar que el señor Bingley se alegrará mucho de verte, y yo le pondré unas líneas dándole mi cordial consentimiento para que se case con la que elija de las muchachas, aunque tendré que deslizar alguna palabreja en favor de mi Lizzy.

Orgullo y prejuicio – Jane Austen

—Espero que no hagas semejante cosa. Elizabeth no es ni pizca mejor que las otras, y estoy segura de que no es ni la mitad de guapa que Jane ni la mitad de alegre que Lydia. Es sólo que tú siempre le estás dando la preferencia.

—Ninguna tiene mucho de recomendable —replicó él—; todas son necias e ignorantes como otras jóvenes, pero Elizabeth posee algo más de agudeza que sus hermanas.

—¡Bennet!, ¿cómo ultrajas de semejante modo a nuestras hijas? Te complaces en molestarme. No tienes compasión de mis pobres nervios.

—Te equivocas, querida; los respeto grandemente. Son antiguos conocidos míos. Te oigo hablar así de ellos lo menos hace veinte años.

—¡Ah!, no sabes lo que sufro.

—Pero espero que te repondrás, que vivirás para ver llegar a la vecindad a muchos muchachos de cuatro mil libras anuales.

—No sacaremos nada, aunque vengan veinte, si no los visitas.

—Ten por seguro, querida, que cuando estén los veinte los visitaré a todos.

El señor Bennet era tan singular mezcla de viveza, humor sarcástico, reserva y capricho, que la experiencia de veintitrés años no había bastado a su mujer para descifrar su carácter. Ella resultaba más fácil de conocer. Era una mujer de mediana capacidad, poca instrucción y temple desigual. Cuando se hallaba descontenta se imaginaba nerviosa. La empresa de su vida la cifraba en casar a sus hijas, y sus diversiones eran hacer visitas y el cotilleo.

CAPÍTULO II

El señor Bennet fue de los primeros que visitaron al señor Bingley. Siempre había pensado hacerlo, aunque también siempre había asegurado a su esposa que no lo haría, y hasta la tarde siguiente a la visita no tuvo aquella conocimiento de la misma. El hecho quedó entonces revelado del modo siguiente: observando el señor Bennet a su hija segunda ocupada en adornar su sombrero, le dijo de pronto:

—Espero que le gustes al señor Bingley, Elizabeth.

—No llevamos camino —arguyó la madre con sentimiento— de conocer los gustos del señor Bingley, puesto que no le visitamos.

—Por lo visto olvidas, mamá —dijo Elizabeth—, que le encontraremos en las reuniones públicas y que la señora de Long ha prometido presentárnoslo.

—No creo que la señora de Long haga tal cosa. Tiene dos sobrinas, es egoísta, hipócrita y no tengo de ella buena opinión.

—Tampoco la tengo yo —añadió el señor Bennet—, y me alegro de que no dependas de sus servicios.

La señora Bennet no replicó pero, incapaz de contenerse, empezó a regañar a sus hijas.

—¡No tosas así, Catherine, por Dios! Compadécete un poco de mis nervios. Los desgarras a pedazos.

—Catherine no tose discretamente —dijo el padre—; no lo hace con oportunidad.

—No toso por divertirme —replicó Catherine con mal humor—. ¿Cuándo es tu primer baile, Elizabeth?

—De mañana en quince días.

—Así es—exclamó su madre—, y la señora de Long no regresa hasta el día anterior; de modo que le será imposible presentárnoslo, porque ella misma no lo conocerá.

—Entonces, querida, puedes adelantarte a tu amiga presentándole tú al señor Bingley.

—Imposible, Bennet, imposible, porque yo tampoco le conoceré. ¿Por qué me atormentas así?

Orgullo y prejuicio – Jane Austen

—Celebro tu discreción. Quince días de relación es en verdad muy poco. En realidad no se puede saber en tan poco tiempo qué clase de persona es. Pero si no nos aventuramos, otro lo hará; y después de todo, la señora de Long y sus sobrinas han de seguir su suerte. Por consiguiente, como puede ella tomar por acto de delicadeza el que declines el ofrecimiento, yo lo tomo a mi cargo.

Las muchachas clavaron los ojos en su padre. En cuanto a la señora de Bennet, exclamó sólo:

—¡Qué tontería!

—¿Qué significa esa enfática exclamación? —dijo él—. ¿Tienes por necias las fórmulas de presentación, con la importancia que revisten? No puedo estar de acuerdo en eso contigo. ¿Qué dices, Mary? Tú, que eres muchacha reflexiva y, según creo, lees libros enormes y los resumes.

Mary quiso decir algo importante, mas no acertó.

—Mientras Mary aclara sus ideas —continuó él— volvamos al señor Bingley.

—Estoy harta del señor Bingley —exclamó la esposa.

—Siento oírte decir eso; pero ¿por qué no me lo has dicho antes? Si lo hubiera sabido esta mañana, bien seguro que no habría ido a visitarle. Es una verdadera desgracia; mas habiéndole visitado, no puedo librarne de su relación.

El asombro de las damas fue tal como él esperaba, y el de la señora Bennet acaso sobrepujó al de las demás; pero cuando hubo pasado el primer momento de júbilo, comenzó a decir que eso era lo que había esperado siempre.

—¡Qué bueno eres, querido Bennet! Ya sabía yo que te persuadiría al fin. Estaba segura de que amabas demasiado a tus hijas para perder una relación como ésa. ¡Qué dichosa soy! Y ha sido buena broma que, habiendo ido esta mañana, no hayas dicho una palabra hasta este momento.

—Ahora, Catherine, puedes toser a tu antojo —dijo el señor Bennet; y tras decirlo se marchó, cansado de los entusiasmos de su mujer.

—¡Qué padre tan excelente tenéis, hijas mías! —exclamó ella cuando se cerró la puerta—. No podéis reprocharle falta de cariño, ni a mí tampoco. A nuestra edad, os lo aseguro, no es grato entablar cada día nuevas relaciones; pero algo hemos de

hacer por vosotras. Lydia, amor mío, aunque seas la menor, me atrevo a asegurar que el señor Bingley bailará contigo en el próximo baile.

—¡Oh! —repuso Lydia resueltamente—. No me asusta eso, porque aun siendo la más joven, soy la más alta.

El resto de la velada se pasó en conjeturas sobre cuándo devolvería el señor Bingley su visita al señor Bennet y en determinar qué día le invitarían a cenar.

CAPÍTULO III

Por más que la señora Bennet, con la ayuda de sus hijas, preguntase sobre el tema, no consiguió obtener de su marido una descripción satisfactoria del señor Bingley. Le atacaron de diversos modos: con preguntas descaradas, suposiciones ingeniosas, remotas sospechas; mas él superó a la habilidad de todas las damas, las cuales se vieron obligadas a aceptar los informes de segunda mano de su vecina lady Lucas. Las noticias de ésta eran muy halagüeñas. A lord William le había gustado mucho. Era muy joven, extraordinariamente guapo, extremadamente agradable y, para colmo, pensaba asistir a la próxima reunión con un grupo de amigos. ¡No podía ser mejor! Disfrutar del baile era el escalón para llegar a enamorarse, y eso hizo que se concibieran muchas esperanzas en lo referente al corazón de Bingley.

—Si pudiera ver a una de mis hijas dichosamente establecida en Netherfield —decía la señora Bennet a su marido— y a las demás igualmente bien casadas, no tendría nada que desear.

Pocos días después Bingley devolvió la visita al señor Bennet y permaneció unos diez minutos con él en su biblioteca. Había aquél alimentado esperanzas de que le fuera permitida una mirada a las muchachas, de cuya belleza había oído hablar mucho; pero sólo vio al padre. Las señoras fueron algo más afortunadas, porque tuvieron la suerte de cerciorarse, desde una ventana alta, de que vestía traje azul y montaba un caballo negro.

Poco después se le envió una invitación para comer; y la señora Bennet pensaba ya en los platos que darían crédito de sus cuidados domésticos, cuando se recibió una contestación que lo trastocó todo: el señor Bingley se veía obligado a marchar a la capital al día siguiente, y en consecuencia no podía aceptar el honor de su invitación, etcétera.

La señora Bennet quedó completamente desconcertada. No podía imaginar qué asuntos podría tener en la capital tan poco después de su llegada al condado de Hertford, y comenzó a temer que habría de estar siempre de un lado para otro y jamás fijo en Netherfield, como era debido. Lady Lucas aquietó sus temores exponiendo la conjetura de que quizás fuera a Londres sólo para traer amigos al baile; y se corrió la noticia de que Bingley iba a llevar consigo a la reunión a doce señoras y siete caballeros. Las muchachas se afligieron con semejante número de

señoras; pero el día anterior al baile se calmaron oyendo que en vez de doce sólo había traído de Londres seis: sus cinco hermanas y una prima; y cuando el grupo entró en la sala de la reunión, constaba no más que de cinco personas en conjunto: Bingley, sus dos hermanas, el marido de la mayor y otro joven.

Bingley tenía un buen aspecto, caballeroso, de fisonomía agradable y fáciles y no afectados modales. Sus hermanas eran personas distinguidas y muy a la moda. Su cuñado, el señor Hurst, no pasaba de semejar un caballero; pero su amigo el señor Darcy atrajo pronto la atención de la sala por su fina persona, su talle, sus bellas facciones y noble aire, y en cinco minutos se extendió la noticia de que poseía diez mil libras anuales. Los caballeros afirmaban que tenía una figura distinguida, las señoras declararon que era mucho más guapo que Bingley; y así fue mirado con admiración aproximadamente la mitad de la velada, hasta que sus modales disgustaron de tal modo que se disipó la oleada de su popularidad, por haberse descubierto que era orgulloso, que pretendía quedar por encima de todos y por todos ser complacido, y ni aun sus extensas propiedades en el condado de Derby pudieron ya librarle de tener el aspecto más desagradable y odioso y no valer nada en comparación con su amigo.

Bingley trabó amistad enseguida con las principales personas de la sala; era vivo y franco, no dejó de bailar una sola pieza, lamentó que el baile acabase tan temprano y habló de ofrecer él mismo uno en Netherfield. Tan amables cualidades se recomendaban por sí mismas. ¡Qué contraste entre él y su amigo! Darcy bailó sólo una vez con la señora de Hurst y otra con la señorita de Bingley. Declinó ser presentado a ninguna otra señora y empleó el resto de la velada en pasearse por la sala y hablar de vez en cuando con alguna persona de su grupo. Su carácter quedaba juzgado: era el hombre más orgulloso y más desagradable del mundo, y todos suponían que no volvería otra vez. Entre los más adversos a él se encontraba la señora de Bennet, cuyo disgusto general por su comportamiento había aumentado, hasta tornarse particular resentimiento por haber menospreciado Darcy a una de sus hijas.

Elizabeth Bennet se había visto obligada por la escasez de caballeros a permanecer sentada durante dos números del baile, y parte de ese tiempo había estado tan cerca de Darcy que pudo escuchar la conversación entre éste y Bingley cuando el último llegó allí desde donde bailaba para invitar a su amigo a unírsele.

—Ven, Darcy —le dijo—; he de hacerte bailar; me carga verte ahí de pie con esa actitud estúpida. Harías mucho mejor bailando.

Orgullo y prejuicio – Jane Austen

—¡Te aseguro que no lo haré! Sabes cuánto lo detesto, a no ser que conozca especialmente a mi pareja. En una reunión como ésta eso me sería insoportable. Tus hermanas están comprometidas y no hay en el salón ninguna otra mujer con la que no me pareciera un castigo estar.

—Por nada del mundo me aburriría yo como tú —exclamó Bingley—. A fe mía que nunca en mi vida he encontrado muchachas tan simpáticas como las de esta noche, y mira cómo hay varias extraordinariamente bonitas.

—Estás bailando con la única muchacha guapa del salón —repuso Darcy mirando a la mayor de las Bennet.

—¡Oh!, es la criatura más bella que he visto jamás. Pero ahí, justamente detrás de ti, está sentada una de sus hermanas, que es muy bonita, y aun me atrevo a añadir que muy agradable. Déjame suplicar a mi pareja que te presente.

—¿Qué quieres decir? —y volviéndose, contempló un momento a Elizabeth hasta que sorprendió su mirada; apartó entonces su vista y dijo fríamente—. Es pasable; pero no lo suficientemente hermosa para tentarme; y por ahora no estoy de humor para interesarme por las muchachas que han despreciado otros. Mejor harás en volver a tu pareja y disfrutar de sus miradas, porque estás perdiendo el tiempo conmigo.

Bingley siguió el consejo, Darcy se marchó y Elizabeth quedó con no muy cordiales sentimientos hacia éste. Sin embargo, entre sus amigas contó la historia con mucho ingenio, porque poseía dotes de viveza y gracia y era capaz de hacer divertidas las cosas más ridículas.

En conjunto, la velada transcurrió gratamente para toda la familia. La señora Bennet comprobó que su hija mayor era muy admirada por la gente de Netherfield; Bingley había bailado con ella dos veces y sus hermanas la habían distinguido. Jane estaba tan satisfecha por todo eso como pudiera estarlo su madre, pero con más tranquilidad; Elizabeth notó la satisfacción de Jane. Mary se había oído llamar por la señorita Bingley la muchacha más completa de la vecindad, y Catherine y Lydia habían sido suficientemente afortunadas para no estar nunca sin pareja, que era cuanto ellas habían aprendido a ambicionar en un baile. Por eso volvieron todas contentas a Longbourn, lugar donde vivían y donde eran los principales habitantes. Encontraron aún levantado al señor Bennet quien, con un libro delante, nhabía perdido la noción del tiempo, y sentía bastante curiosidad por conocer el resultado de una velada que había despertado tan óptimas esperanzas. Acaso creyera que la

opinión de su esposa sobre el forastero sería desagradable; mas pronto hubo de oír un relato muy diferente.

—¡Oh querido Bennet! —dijo en cuanto entró en el cuarto—. Hemos pasado una velada agradabilísima; ha resultado un baile admirable. Quisiera que te hubieses hallado allí. Jane ha sido tan admirada que no se ha visto cosa igual. Todo el mundo ha reconocido lo bien parecida que era. El señor Bingley la ha encontrado bellísima y ¡ha bailado con ella dos veces! Piensa en eso, querido: ¡ya ha bailado con ella dos veces!, y ha sido la única del salón a quien ha pedido un segundo baile. El primero lo pidió a la señorita Lucas. ¡Estaba yo tan contrariada de verle a su lado!; mas no le gustó nada, y es natural que no le gustase, tú lo sabes; pero pareció entusiasmadísimo con Jane cuando ésta salió a bailar. Por eso se informó de quién era; le fue presentado, y le pidió el siguiente baile. Después bailó el tercero con la señorita de Long, y el cuarto con Mary Lucas, y el quinto otra vez con Jane, y el sexto con Elizabeth...

—Si hubiera tenido alguna compasión de mí —exclamó impaciente el marido— no habría bailado ni la mitad. ¡Por Dios, no me hables más de sus parejas! ¿Por qué no se habrá lastimado en el primer baile?

—¡Oh querido mío —continuó la señora de Bennet—, estoy contentísima con él! Es guapísimo, y sus hermanas son encantadoras. No he visto en mi vida nada más elegante que sus vestidos. Creo que el vestido de la señora de Hurst...

Aquí fue interrumpida de nuevo; el señor Bennet protestó contra toda descripción de adornos. Se vio entonces obligada a tocar otra parte del tema y relató con gran amargura y algo de exageración la ofensiva rudeza de Darcy.

—Pero te aseguro —añadió—que no pierde ella mucho con no ser de su gusto, porque es una persona muy desagradable, feo, y que de ningún modo puede gustar; tan altanero y vanidoso que no había allí quien le pudiera aguantar. Se paseaba de acá para allá creyéndose muy importante. ¡Que no es bastante guapa para bailar con él! Querría que hubieses estado allí, querido mío, para haberle dado una de tus lecciones. Le detesto.

CAPÍTULO IV

Cuando Jane e Elizabeth quedaron a solas, la primera, que antes había sido cauta en su elogio de Bingley, expresó a su hermana cuánto le admiraba.

—Es exactamente lo que debe ser un joven —le dijo—: sencillo, vivo, de buen humor; y nunca vi tan finos modales, tanta desenvoltura, tan exquisita educación.

—Es guapo —añadió Elizabeth—, como debe ser un joven, si es posible. Es un hombre muy completo.

—Me sentí muy orgullosa de que me sacase a bailar por segunda vez. No esperaba semejante cumplido.

—¿No? Pues yo lo esperaba. Hay gran diferencia entre nosotras: los cumplidos te sorprenden siempre a ti, y a mí nunca. ¿Qué hay más natural que sacarte de nuevo? Él no podía evitar darse cuenta de que eras cinco veces más guapa que todas las demás del salón. No le agradezcas esa galantería. Cierto que es muy agradable, y me alegro de que te guste. Te han gustado muchos tontos.

—¡Querida Elizabeth!

—¡Oh! Bien sabes que eres muy dada a que te gusten todos en general; nunca ves defectos en ninguno. A tus ojos, todo el mundo es bueno y agradable; no te he oído hablar mal de un ser humano en toda mi vida.

—No quisiera ser imprudente al censurar a nadie; pero, créelo, siempre digo lo que pienso.

—Sé que lo haces y eso es lo admirable: ¡poseer tan buen sentido y ser tan modestamente ciega para las locuras y la falta de sentido de los demás! La inocencia fingida es bastante común; se halla por todas partes. Pero ser cándida sin ostentación ni propósito, fijarse en lo bueno de cada cual, y aun mejorarlo, y no decir nada de lo malo, eso te pertenece a ti sola. Y ¿te gustan también las hermanas de ese muchacho? Sus modales no son como los de él.

—Cierto que no, al principio. Pero son mujeres muy agradables cuando él conversa con ellas. La soltera va a vivir con su hermano y cuidar su casa, y me engañaré mucho si no resulta ser una encantadora vecina.

Elizabeth escuchó en silencio, pero no se convenció; la conducta de las hermanas de Bingley en la reunión no había sido como para agradar a nadie; y con más viveza de observación y menor flexibilidad de temperamento que su hermana, así como con un juicio menos propenso a las adulaciones, se encontraba poco dispuesta a dar su aprobación. Eran, en efecto, señoras muy finas; no les faltaba buen humor cuando eran complacidas, ni dejaban de resultar agradables cuando lo anhelaban; pero parecían orgullosas y vanas. Eran más bellas que otra cosa; habían sido educadas en uno de los mejores colegios particulares de la capital, poseían una fortuna de veinte mil libras, tenían la costumbre de gastar más de lo debido y de juntarse con gentes de alto rango, siendo por lo que se inclinaban a pensar bien de sí mismas en todo y medianamente de las demás. Pertenecían a una respetable familia del norte de Inglaterra, circunstancia más impresa en su memoria que el hecho de que su propia fortuna y la de su hermano habían sido ganadas en el comercio.

Bingley había heredado unas cien mil libras de su padre, el cual había proyectado comprar una finca; mas no vivió lo suficiente para poder hacerlo. El hijo planeaba lo mismo, y más de una vez parecía decidido a elegir propiedad dentro del condado; pero como ahora se veía con buena casa y con la libertad de un propietario, muchos de los que conocían su carácter acomodaticio dudaban que no fuera a pasar el resto de sus días en Netherfield, dejando lo de la compra para la siguiente generación.

Sus hermanas ansiaban mucho que tuviera una mansión de su propiedad; pero, aun hallándose en esta ocasión establecido sólo como arrendatario, no por eso la señorita de Bingley dejaba de estar deseando presidir su mesa; ni la señora de Hurst, que se había casado con un hombre de más elegancia que medios, se veía menos dispuesta a considerar la casa de su hermano como la suya propia siempre que le conviniese. No hacía sino dos años que Bingley era mayor de edad cuando, por una casual recomendación, se decidió a conocer la posesión en Netherfield. La vio por fuera y por dentro durante media hora, le agradó la situación y las principales piezas de la casa, se dio por satisfecho con lo que el propietario la ponderó, y la alquiló inmediatamente.

Entre él y Darcy reinaba firme amistad, a pesar de sus caracteres opuestos. Bingley gozaba de la simpatía de Darcy por la facilidad, franqueza y ductilidad de su temperamento, aunque ninguna otra forma de ser habría podido contrastar más con la suya propia, y a pesar de no parecer nunca descontento de la que él mismo